

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 12 JUNIO 1897. NÚM. 24

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

LA IGLESIA OFICIAL

Desde que una loca se casó con un archiduque austriaco, en España toda anda invertido. Semejante enlace de la sinrazón con la fe, nos alió para varios siglos con el fanatismo, con la intolerancia, con el predominio absoluto de una religión oficial y obligatoria. Ahogóse el germen del libre examen en las hogueras inquisitoriales. No nació aquí la filosofía, ni el protestantismo, pero dimos al mundo la Compañía de Jesús. Acabóse el escepticismo de Averroes, no siguió adelante el naturalismo evolucionista de Alhazen; la química, la astronomía, la medicina, la botánica, las matemáticas que tanto habían adelantado con los árabes, fueron sustituidas por la literatura católica, por la mística, por la novela picaresca, por la teología, por las vidas de santos, por las aventuras caballerescas y disparatadas que tan soberanamente pinta Cervantes en los dos tipos simbólicos del pueblo español: Don Quijote y Sancho.

Semejante inversión cerebral, trajo consigo una deformidad racional hereditaria, una disminución congénita de nuestra capacidad, una detención del desarrollo mental, una suspensión en el curso de la evolución de las ideas, un estancamiento del progreso. El pueblo, amamantado en la creencia, en el milagro, acostumbrose á no dudar de las palabras del clero, á prescindir de la libertad de pensar, á suprimir su criterio propio, á confesar como ciertos los más estupendos prodigios, á consagrarse con ardiente fe á la servidumbre eclesiástica, á honrar y enaltecer el parasitismo monacal; y admitiendo de buena fe que frailes y curas tenían las llaves del cielo, y eran dueños de conmutar y rebajar las condenas del purgatorio, siguieron como rebaños al pastor, abdicando la racionalidad; le prestaron su fuerza, fueron instrumentos viles de la tortura de los pensadores, espías del jesuitismo, y siervos degradados y gratuitos de los opresores y monarcas.

Este servilismo eclesiástico determinó una degeneración del carácter español. Esta degeneración íntima, cerebral, orgánica, transmitióse por herencia, se propagó á los descendientes que quedaron inhábiles para pensar, para discurrir y para aprender. A esta inopia encefálica se debe la estolidez de las masas rurales que, á pesar de tener escuelas y maestros no quieren admitir, ni regalada, la rudimentaria enseñanza de las primeras letras. Ignorancia debida, no ya sólo á que no se les ha educado, sino á cierta opacidad incrustada en sus sesos por la fe, que les obstruye el sentido, ofuscándoles el juicio, de suerte que el más mínimo esfuerzo cerebral les es dolo-

roso; y como les apena la menor atención á una idea, y no comprenden ni siquiera la utilidad de discurrir, cancelan su mente, se resignan á no saber, á que el cura piense por ellos; y como éstos, á su vez, son siervos de la disciplina eclesiástica, que circunscribe sus ideas, limita su iniciativa, uniforma sus actos y les convierte en siervos sumisos del Estado que los tiene asalariados, repugnan unos y otros todo lo que sea racional y científico, entregan su alma sierva al poder de los de arriba, se rebajan cada vez más, dándose el triste espectáculo de la disparidad y antagonismo que existe en España entre las clases cultas y las incultas, conflicto que se resuelve fingiendo los hombres ilustrados un sentimiento religioso que no tienen, para poder gobernar con él á esa mayoría inmensa que profesa un cristianismo adulterado.

No es el pueblo español de los que reaccionan contra la imposición de la intolerancia. Ha perdido la elasticidad vital. Relájese tanto el muelle, por la tensión secular de la fe, que aún los que alcanzan mayor vigor mental se hacen cómplices de esta fatalidad histórica, y á lo sumo la aprovechan como instrumento de gobierno. No se cuidan siquiera de sacar al pueblo del estupor en que yace; se dejan ir por la corriente, se resignan, se abandonan, y no pelean contra el destino que inclina nuestra raza á la decadencia.

Todavía, si liberales y conservadores fueran creyentes, cabría siquiera explicación y excusa de su conducta; pero en su mayoría, sobre todo en aquellos de mayor entendimiento que suelen gobernarnos, dáse el tipo clásico del escéptico, del que no cree pero acomoda su flexible carácter á la creencia de los otros, simulando una hipócrita sumisión á la Iglesia, á cambio de que ésta les preste su concurso. Ellos imponen la religión oficial, á pesar de ver su evidente falsedad. Porque si nuestros gobiernos liberales tuviesen la convicción de que es cierta ¿qué necesidad tendrían de imponerla? Si fuese tan exacta y verdadera como las matemáticas, nadie dejaría de aceptarla de grado por el simple dictado de la razón. Pero como de grado no es fácil tragarse los milagros, hay que mentir por ambas partes, y el Gobierno impone la mentira en la enseñanza oficial, y paga á los que la inculcan, y sostiene el culto del error, y asiste á las ceremonias, y va en procesión detrás de la momia de San Isidro, y el clero, á su vez, que condena el liberalismo, se somete á él por la paga, lo acata, se rebaja ante escépticos, y reclama á ministros tan morales como Bosch, la creación en los institutos de cátedras de *Religión y Moral*.

Pero las leyes económicas se imponen. El jornal del clero es exiguo. La vida moderna todo lo encarece; crecen las necesidades, se multiplican los gastos, y el sueldo llega muy mermado al bolsillo del clérigo. Tiene éste que vivir con cierto lujo y el sueldo no le basta; ¿de dónde saldrá el suplemento? De la inagotable mina de la fe. Hay que explotarla á lo moderno. Los antiguos procedimientos no dan suficiente abasto. Hay que sacar otros bloques al filón. Hay que sutilizar, aquilatar, crear nuevas maneras de vivir del miedo que las gentes tienen á la muerte. Para eso está el jesuitismo; y el Gobierno, que sabe que la Compañía está fuera de la ley, como los anarquistas, la consiente, la tolera, la permite que cree universidades, colegios, templos, asociaciones, empresas más ó menos disfrazadas en que acumula el oro y se explota hasta la sangre de nuestros soldados.

Al amparo de esa tolerancia invertida, ha caído sobre nosotros otra plaga de frailes mendicantes que viven del trabajo ajeno, sin pagar contribución, vagando por los campos, tragándose los frutos de la tierra, consumiéndolos en la holganza, mientras los españoles damos sangre y dinero para sostener la guerra que sus correligionarios de Ultramar provocaron. La mendicidad es un acto vergonzoso para todo hombre cabal, pero los frailes lo entienden de otro modo. Está prohibida por la ley, menos cuando se ejerce con uniforme. Estos parásitos nos extraen el jugo con gran astucia. El embrollo, la intriga, las invenciones maravillosas, los milagros, les sirven de eficaz industria para vivir á expensas de los trabajadores. El eterno femenino les facilita la tarea. La aureola religiosa les reviste de cierto colorido romántico. Con una hipocresía refinada recaudan pingües recursos, ganándose de paso el cielo, mientras el segador se condena, maldiciendo la tierra que riega con su sudor.

El catolicismo al suplantarse al cristianismo, ha vuelto al paganismo. Dejó á Jesús por el oro, y hoy no tiene otra finalidad que el ansia de dominación de las conciencias, para que éstas viertan raudales de dinero con que sostener el lujo, el fausto y la vagancia de sus ministros. Podría uno creer en el sincero cristianismo de éstos, si imitasen la conducta de Jesús, si siguiesen su Evangelio, si vendiesen sus bienes y entregasen el producto á los pobres, porque más fácil cosa es entrar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el cielo; pero son contados los que observan la ley de Cristo; la mayoría son como aquellos escribas «que quieren andar con ropas largas y aman las saluciones en las plazas; y las primeras sillas en las sinagogas; y los primeros asientos en las cenas; que devoran las casas de las viudas y por pretexto hacen largas oraciones.»

Como el cristianismo era fantástico, ideal, irrealizable, ha tenido que adoptar el politeísmo y el pontificado romanos, la protección y el brazo del Estado, sirviéndose de la fuerza para imponer á los hombres sus ideas. El Estado, que debía mantenerse neutral, indiferente y apartado de las luchas entre conciencias, echó su espada en el platillo de la balanza, se declaró católico, esgrimiendo el arma contra los racionalistas que pretendían emanciparse de una idea que les tomaba aquí los bienes de la tierra, con la hipoteca del cielo. Fundaban precisamente su incredulidad en esto: en que el sabio y el hereje esponían su vida por defender, propagar y difundir la idea de que estaban poseídos, lo que acreditaba su sincera convicción y el desinterés con que procedían. Por el contrario, el clero, se enriquecía con el despojo de sus víctimas, les embargaba los bienes, y les quemaba vivos, para mejor convencerles. Hoy ya no pueden echarnos en el brasero inquisitorial, pero aún nos abrasan el alma, penetrando supreticiamente en el hogar, dividiéndolo, y enconando á la mujer contra el hombre.

Pero las gentes van viendo claro en este negocio. La piedra de toque de la sinceridad de una convicción es el desinterés con que se profesa. Hoy la ciencia descubre, explora, investiga, inventa, remedia y cura el mal. En cuánto un sabio habla algo nuevo, lo comunica inmediatamente á la humanidad sin más recompensa que el goce vivísimo de hacer algún bien á sus semejantes; á la inversa el clero, trabaja por la paga, y no contento con los gajes del oficio, se desvive por atizar el

fanatismo, seguro que en el rescoldo encontrará ese oro que Cristo despreciaba. Se olvida de que, cuanto más active su celo, cuánto más aparatos de explotación procrea, más tendrá que exprimir al creyente, y llegará un día no lejano, en que el pueblo no quiera, ni de balde, las enseñanzas de la Iglesia.

JOSÉ MARÍA ESCUDER.

LOS FRAILES DE FILIPINAS

Desde hace muchos años los verdaderos liberales y demócratas de corazón vienen haciendo una campaña contra el predominio de las órdenes religiosas en el archipiélago filipino, considerándolas como altamente perjudiciales á los intereses de la patria y de la libertad.

Estos verdaderos liberales, calumniados fueron aún por los mismos que se llamaban defensores de la libertad y de la democracia, que llegaron hasta á tacharles de enemigos de la patria, de filibusteros y de causa y origen, con la propagación de tales racionales doctrinas, de que llegase un día en que se perdieran para España las hermosas tierras que descubrió Magallanes y conquistó Legazpi.

Añadían tales liberales y demócratas de pega, haciendo coro á todas las voces sacristanescas y rabiosamente reaccionarias, que el fraile era insustituible en aquellas lejanas islas; que el fraile era la única salvaguardia que nuestro nombre y nuestra soberanía tenían en aquel archipiélago y hasta que iban á temblar las esferas, etc., etc., si las órdenes monacales eran expulsadas de las tierras filipinas.

Pero como la verdad concluye siempre por imponerse, como más tarde ó más temprano tiene por fuerza que resplandecer, los hechos han venido á demostrar que dichas órdenes monacales no son insustituibles, porque no han impedido que casi toda la población indígena, que la inmensa mayoría de los tagalos se hayan insurreccionado contra la madre patria.

Este es un hecho que no podrán negar los neos y demás gente clerical. Y siendo esto así, ¿cómo llamar con lógica á los frailes salvaguardia del nombre y de la dominación española en el archipiélago filipino?

Y es más: los liberales y demócratas que siempre combatieron el predemio de los frailes en la España malaya, preveían este hecho, y lo preveían, porque las órdenes religiosas nunca procuraron allí el bien del indio, sino su interés propio, su inmoderado afán de enriquecerse á costa de la dignidad y el trabajo del malayo; y lo preveían, por último, conociendo como conocían que nunca se trató de arraigar en el corazón filipino el amor á España, y bien al contrario, produciendo el odio hacia ella, merced al infame derecho de pernada que desde hace años se practica en aquellos conventos.

En efecto, el fraile no ha procurado allí otra cosa que su enriquecimiento, enviando tesoros prodigiosos á la capital del orbe católico; el fraile ha estado constantemente insultando los sentimientos más caros al corazón del hombre, y obligando á la mujer soltera á permanecer determinado tiempo en los conventos antes de unirse en matrimonio con el indígena que su corazón había elegido.

El fraile, finalmente, vulnerando las sapientísimas y democráticas leyes de Indias, no ha enseñado el idioma castellano al indio, haciendo, por el contrario, progresar el tagalo, y escribiendo para ello en dicha lengua dramas, obras históricas, literarias, etcétera.

Yo siempre he creído más; yo he creído y sigo creyendo que las órdenes monacales lo que han tratado en Filipinas es de convertir á estas islas en feudo suyo, imitando el procedimiento jesuítico en las antiguas misiones del Paraguay.

Y por eso, cuando se han convencido que sus intentos les salen fallidos, que los tagalos los odian, y muy justamente, no cesan de enviar riquezas á Roma, sin duda con el fin de no salir del archipiélago con las manos vacías.

La opinión liberal sincera ha previsto los peligros de la dominación frailuna, y por eso proclamó, como remedio á estos peligros, la colonización del archipiélago por elementos peninsulares, la representación en Cortes de aquellas provincias, la obligatoria enseñanza del castellano y la secularización de la vida civil.

Estas reformas saludables debieron introducirse, y con esto se hubiese evitado que lo que en un comienzo fué una insurrección al grito de ¡Viva España y mueran los frailes! degenerara en guerra separatista, que ha de costar á la patria grandes sacrificios y ríos de sangre.

Todavía se habría hecho mucho, para evitar la guerra, si en los comienzos hubiese habido un gobierno español tan previsor, que expulsara á los frailes, únicos responsables de la insurrección que lamentamos.

RAFAEL DELORME.

LA GLORIA A QUIEN LA MERECE

Seamos imparciales; mejor aún, justos.

Nuestras aspiraciones podrían condensar cierta odiosidad para el enemigo político que estorba nuestro triunfo; pero nuestras aspiraciones rápidas sobre el hecho que acaece, que se desarrolla á plena luz y del que somos espectadores, nos exigen expresión de agrado ó desagrado, juicio en suma.

Levantemos los brazos, agitemos las manos en aplausos entusiastas, gritemos sin recelos: ¡Bien por Cánovas!

¿Que un general regresa prestando sus laureles á disidentes ambiciosos para que, á cambio de victorias fáciles, el país pague con el presupuesto ambiciones de gente pequeña, de políticos mediocres? Ahí está Cánovas para probar al país la vulgaridad del personaje, sus condiciones medianejas, su escasa fuerza y su poco valer, y para encajonarle á la hora que se le antoja en tren especial y deshacer las manifestaciones y los festivales preparados.

¿Que una señora se acuerda de que es mujer y madre, y permite á sus hijos, augustos hasta donde la Constitución marque, tomar parte en algarazas públicas con detrimento del concepto de poder supremo y con merma de la autoridad de un jefe del poder ejecutivo? Ahí está Cánovas para restablecer por franca información periodística las categorías, los fueros, los privilegios que se determinan en la ley fundamental del Estado, en la Constitución de la monarquía.

¿Que un ministro suyo abofetea á un senador respetable, pero individuo al fin de un partido que formalizó con el pacto del Pardo el turno pacífico en el poder, la explotación de las fuerzas y energías nacionales bajo la exclusiva dirección de sólo dos hombres á fechas fijas, con vencimientos que determinan el estado de pecunia económica de los cesantes? Pues ahí está Cánovas para advertir á su tiempo que esa incorrección no es motivo fundado para solicitar el presupuesto, cuando los unos no han hecho acopio y los otros no han consumido los ahorros.

¿Que tratan los fusionistas de eludir el convenio á pretexto de la triste situación de la Patria? Pero ¿acaso no han ejercido el poder muchos años, y en su tiempo ha surgido la guerra cubana?

El poder por los destinos, la autoridad por el caciquismo, la fuente única de derecho por la trampa, bien están en manos de Cánovas, que al fin representa el sueño de las clases ricas y elevadas, la dictadura en manos de un hombre enérgico y de saber, no de un ge-

neral que pasa la existencia entre humareda de cigarros de á perro gordo y olores más fuertes de aguardiente triple.

Cánovas es la única garantía para los que odian la democracia. Tiene el vigor del hombre entero; sabe cuanto vale cada uno de los que le rodean, conoce á su compadre, y convencido de que todos valen infinitamente menos que él, con experiencias múltiples que lo acreditan, dice á Morlesín cuando siente gritar tras la verja de la huerta á los que se ganan la peseta dándosela de políticos y de hombres de gobierno:

—Atanasio; enséñales el mico á esa... gente cilla, y si no se van pronto, échales los perros.

J. A.

LA RAZÓN NATURAL

Los ministros de la religión han tenido muy buen cuidado de hacer de su Dios un tirano muy temible, caprichoso é inconstante: era preciso que fuese así, para que se acomodase con sus intereses, sujeto á variaciones. Un Dios que fuese justo y bueno, exento de capricho y de malignidad; un Dios que tuviese constantemente las cualidades de un hombre honrado, ó de un soberano benigno, no convendría de modo alguno á sus ministros. Es muy útil á los sacerdotes que se tiembla delante de su Dios, á fin de que se recurra á ellos para obtener el modo de asegurarse de sus temores.

No es maravilloso que un Dios adornado por sus sacerdotes de un modo que cause grande temor á los demás hombres, les cause á ellos poco respeto ó que influya muy poco en su propia conducta. Constantemente los vemos en todos los países portarse de un modo muy uniforme con el pretexto de la gloria de su Dios; por todas partes devoran las naciones, envilecen las almas, desalientan la industria y siembran la discordia. El orgullo, la ambición y la avaricia fueron en todo tiempo las pasiones dominantes del sacerdocio; en todas partes el sacerdote está por encima de los soberanos y de las leyes; siempre se le ve ocupado en los intereses de su orgullo, de su codicia, de su humor despótico y vengativo; siempre instituyendo expiaciones, sacrificios, ceremonias y prácticas misteriosas, en una palabra, invenciones que sólo para él son lucrativas.

El espíritu se confunde y la razón se turba á la vista de las ridículas prácticas y de los medios despreciables que los ministros de un Dios han inventado en todos los países de la tierra para purificar las almas y tener el cielo propicio á las naciones. En una parte se corta un pedacito al prepucio de un niño para merecer la benevolencia del cielo; en otra se le echa agua sobre la cara para labarle de los delitos que aún no ha podido cometer; en otra se manda echarle en un río, cuyas aguas tienen el poder de llevarse todas las suciedades del vicio; en otra se le prohíben ciertos alimentos, cuyo uso no dejaría de atraerle la cólera del cielo; en otros parajes se ordena al hombre pecador y aun se le obliga á ir de cierto en cierto tiempo á confesar sus faltas á los pies de un sacerdote, que regularmente es mayor pecador que él, etcétera etc.

VOLNEY

Las Ruinas de Palmira

LA FE

Se dice que la fe sustituye con ventaja á la razón, porque es infalible. Pero... la fe, la fe ¿qué es la fe? El salvaje feroz se postra ante un ídolo grosero, y muere dichoso en su defensa; el musulmán fanático, esclavo del destino, cruza los desiertos abrasados de la Arabia para besar las reliquias y contemplar la cuna de Mahoma, ó empuña la cimitarra y va á la guerra santa matando infieles, deso-

lando ciudades y talando campos malditos, y espera en la muerte una vida eterna de lúbrica sensualidad; el indio muere estático en las orillas del Ganges, abismando su vida, su actividad y su espíritu en el seno de una ilusión sin fin, ó ambiciona la gloria de ser aplastado bajo las pesadas ruedas del enorme carro de un dios monstruo; y el católico rinde culto á las reliquias, teme á los maleficios y embrujamientos, cree en la virtud de un escapulario, especie de amuleto salvaje; corre á la Tierra Santa, llevando delante el exterminio, la muerte y el incendio, y descuartiza y achicharra en obsequio de Cristo lo mismo que el caribe por su inmundo fetiche: todo por la fe.

Esto, se dirá, no es la fe; es la ignorancia; pero no son esos actos los que más se aplauden y premian por los sacerdotes de las respectivas religiones, como los más gratos á sus dioses, como revelaciones de la fe más pura y santa? ¿No se creen todas las Iglesias depositarias de la verdad? ¿No se suponen reveladas todas las religiones? Todos los sectarios ¿no llaman infieles y condenan como impíos á los de religión distinta de la suya? El adorador de la más inmunda criatura, del escarabajo, ¿por ejemplo, como se cuenta de los egipcios, se ufana con ese culto, menos que con el suyo el católico más ferviente? ¿No pretenden todos los sacerdocios la infalibilidad, llámense magos, brahmanes, de Mahoma ó Cristo, idólatras, fetichistas, adoradores del sol, del elefante ó de las cebollas? ¿A qué hemos de atenernos entre tanta impostura y falsedad? ¿Quién va á decidir entre tantos dogmas, pontífices y sacerdotes, entre tantos dioses?

PABLO CORREA Y ZAFRILLA.

CRÍMENES DEL CARLISMO

EL CONDE DE ESPAÑA

4.000 LIBERALES ASESINADOS Y 1.700 CONDENADOS Á MUERTE

En el corto período de dos años, la sociedad secreta *El Angel Exterminador*, organizada, sostenida y dirigida por arzobispos, obispos, curas y frailes, había asesinado en los caminos y pueblos de Cataluña, según consta en los partes dados á la Audiencia de Barcelona, MIL OCHOCIENTOS VEINTICINCO LIBERALES. La mayor parte de éstos habían pertenecido al ejército constitucional, que fué disuelto con el santo fin de diseminar á los que lo componían, para poder asesinarlos más comodamente y con menos ruido.

A fines de 1825, pasaban de CUATRO MIL LOS LIBERALES ASESINADOS, Y DE MIL SETECIENTOS LOS CONDENADOS Á MUERTE por los tribunales de justicia.

La hiena clerical, los lobos de cogulla, querían más sangre; no les bastaba con la derramada; querían más asesinatos, querían exterminar á toda la raza liberal.

JUNTA DE ASESINOS

En Septiembre de dicho año se celebró una junta en el monasterio de Poblet, á la cual asistieron ciento veintisiete prelados y dignidades eclesiásticas, bajo la presidencia del arzobispo Creus y del obispo electo de Ceuta. Aquellos santos varones acordaron interponer todas sus influencias para que más de 600 oficiales, llamados *indefinidos* (sospechosos por tanto de liberalismo) refugiados en Barcelona al amparo de los franceses, fuesen obligados á salir de allí y pasar á sus respectivos pueblos, para asesinarlos con más facilidad, contando para esto con los piadosos voluntarios realistas.

Dos ricos labriegos que, invitados por los frailes del monasterio habían asistido á la reunión, horrorizados del crimen que se tramaba, lo pusieron en conocimiento de la policía de Barcelona; dió ésta cuenta al gobierno disponiéndose á perseguir á los devotos asesinos, pero recibió de aquél orden terminante para protegerlos.

El clericalismo necesitaba más víctimas, el puñal era ya insuficiente para saciar su sed de sangre; la hoguera de la Inquisición era su ensueño más acariciado, su ideal más hermoso, su anhelo más constante. Ver restablecido el Santo Oficio, celebrar á diario autos de fe, aplicar el tormento á los sospechosos y después sacarlos de allí descoyuntados, chorreando sangre, y vestirles luego el sambenito para llevarlos á la hoguera, todo esto aparecía á sus ojos deslumbrador, magnífico, sublime.

Dada la consigna, de todas partes salieron exposiciones pidiendo al rey el restablecimiento de la Inquisición; entre las más notables, se cuenta la suscrita por el santo cabildo de Manresa, documento que respira sangre, odio, venganza y exterminio y que no ha sido puesto en el *Índice* porque es sin duda muy ortodoxo.

No quiso, ó, mejor dicho, *no pudo* Fernando restablecer el Santo Oficio; se le acusó de masón, de comunero, de estar vendido á los liberales y de otras cosas por el estilo, y desde entonces las esperanzas de la gente clerical y de los realistas más exaltados se fundaron ó cifraron en Carlos, el devoto hermano de aquél, empezando los trabajos de conspiración para proclamarle rey, y destronar á Fernando.

PRIMERA INSURRECCION CARLISTA

El clero y los principales jefes de la conjura engañaron á los voluntarios realistas haciéndoles creer que Fernando estaba secuestrado por los liberales, y estalló por fin la insurrección á los gritos de ¡viva el rey absoluto! ¡viva la santa Inquisición! ¡mueran los negros! Se vitoreó á Carlos V., se imprimieron proclamas en las que, acusando de débil y de liberalismo á Fernando, se incitaba á los buenos católicos á reconocer por rey á Carlos, quien restableciendo el Santo Oficio y acabando con todos los liberales, comuneros y masones, había de hacer la felicidad del pueblo católico español.

El Conde de España, aquel monstruo indigno cuya vida está manchada con los crímenes más horribles, instigador y cómplice de aquella insurrección carlista, marchó al frente del ejército á sofocarla, fusiló á unos cuantos rebeldes, y hallándose un día en Vich, metió en un saco la correspondencia que les cogió, los papeles en que estaban las delaciones y las pruebas de los procesos y lo redujo todo á cenizas, prestando así un gran servicio á la causa carlista que más tarde defendió cometiendo los crímenes más horrendos.

REPRESIONES SANGRIENTAS

Dominada la insurrección y nombrado capitán general de Cataluña, cuando los franceses evacuaron la capital empezó una era terrible de persecuciones contra los liberales y los sospechosos de serlo; y como para dar satisfacción á los que podían acusarle de traidor, no hubo martirio, no hubo infamia, no hubo crueldad que no hiciera sufrir á los desgraciados liberales que caían en su poder. «A los realistas que se habían levantado en armas—dice Lafuente,—condenados á presidio muchos de ellos, los protegió organizando de nuevo sus batallones. Contra los liberales que le habían ayudado á sofocar la insurrección carlista, inventó que conspiraban.»

Organizada la policía secreta, compuesta de lo más vil y bajo de la sociedad y de muchos carlistas condenados á presidio, iban sus individuos por los cafés y sitios públicos hablando contra el tiránico gobierno de Fernando; una débil muestra de aprobación á las censuras de aquellos esbirros, una palabra, un comentario, eran lo suficiente para que los incautos cayeran en las redes yendo á parar á la cárcel donde bien triste suerte les esperaba.

Con las listas confeccionadas por un miserable llamado Simó, que se fingía liberal, llenó materialmente el Conde todas las cárceles de Barcelona; hacíanse las prisiones—escribe un historiador—á la luz del día ó en el secreto y misterio de la noche, y los calabozos llenábanse de infelices prisioneros llevados allí por aquellos esbirros, ya individualmente, ya en grupos de veinte, treinta y cuarenta.

MARTIRIOS HORRENDOS

Presos sin saber por qué; incomunicados hasta con sus familias á las que ni se permitía llevarles la comida, teniendo que comprarla en una cantina donde les hacían pagar diez por uno; llenos de piojos; revueltos y confundidos con los ladrones y asesinos; cargados de grillos; hacinados en fétidos y hediondos calabozos donde la respiración era casi imposible, gemían miles de inocentes ciudadanos, víctimas de la saña de aquel carlista, de aquel Conde de España que oía misa todos los días, arrodillado muy devotamente y con los brazos estendidos en cruz; de aquel bandido, cubierto siempre de escapularios y reliquias, que obligaba á cuantos encontraba en la calle á que le enseñasen el rosario y enviaba á pudrirse en la cárcel á los que no lo llevaban; de aquel miserable, que hacía poner unos grillos de veintisiete libras á una infeliz señora que se negó á declarar contra su esposo, la señora Fabregasi; de aquel tirano sanguinario, que ante los cadáveres, pendientes en la horca, de infelices mandados por él asesinar, vestido de capitán general, al frente de las tropas, reía y bailaba.

En las crudísimas noches de un invierno extremadamente frío, como no se ha conocido otro en Barcelona, aquella fiera devota hacía desnudar á los presos y ordenaba que encueros completamente salieran de los calabozos á los patios, y allí permanecían los infelices al raso horas y más horas, sobre la helada nieve endurecida por las escarchas... En verano les hacía tomar el sol y los metía hacinados en calabozos donde el calor era insoportable.

Con pretexto de que los presos se hacían señas, ordenó tapiar las ventanas y hasta las más pequeñas rendijas de las puertas, y muchos de aquellos mártires murieron asfixiados. Uno de los presos, llamado Pedro Mestre, abrió un pequeño agujerito para poder respirar; descubierto tamaño crimen por los esbirros del Conde, gente toda muy devota, se desnudó al preso, se le dieron veinticinco palos, le descargaron un golpe terrible en la cabeza con un manojo de llaves, y fué luego condenado por aquel á diez años de presidio, mientras á su familia se le ordenaba cerrar un café, único medio de subsistencia con que contaba, y salir desterrada de Barcelona.

Llenos de desesperación, no pudiendo resistir tantas privaciones y martirios, se suicidaron *diecisiete* de los presos en pocos días. Uno de ellos, cabo de artillería, se colgó en la ciudadela con una sábana; otro, llamado Cantos, se agujereó el cráneo con un clavo que encontró en la pared; otro, llamado Sabater afiló un hueso contra los ladrillos y con él se abrió las venas; otro se tragó un hueso para ahogarse con él; y cuán terrible no sería la desesperación de otro de los presos, cuando con un vidrio se hizo un agujero en la garganta, y metiendo en él los dedos, lo desgarró hasta desangrarse.

Estos horribles hechos, que llenan de pavor el corazón, que indignan y que aterrorizan, no son una fábula por desgracia; están plenamente comprobados por la historia; nadie puede negarlos.

Lejos de ablandarse ni conmoverse el Conde al tener noticia de estos suicidios y otras muchas tentativas, exclamaba: ¡Malvados! aunque no fuera más que por atentar contra su existencia, deberían ser ahorcados, por el gran pecado que cometen contra Dios.

AHORCADOS Y FUSILADOS

Auxiliado por el conde de Villemur, gobernador militar de la plaza, carlista como él y que luego llegó nada menos que á ministro de Carlos V, organizó el de España un *tribunal militar* para juzgar á los presos, nombró fiscales á Chaparro, Cuervo y á otro miserable llamado Francisco Cantillón, que comerciaba con la vida de aquellos desgraciados, y defensor á D. José Segarra, también carlista y de triste memoria.

Se multiplicaban los cargos y las acusaciones por parte de los fiscales, y el *defensor* negaba á los acusados la admisión de sus pruebas y se burlaba con el mayor cinismo de los datos que presentaban en demostración de su inocencia. Sin pruebas, sin testigos, sin careos, sin garantías ni formalidades de ninguna clase, fueron juzgados y enviados á los presidios de Ultramar, con la cabeza afeitada para mayor escarnio, más de *cuatrocientos* de los presos, sin que pudieran dar un abrazo de despedida á sus familias; y más de *mil ochocientos* *parientes* de los presos salieron desterrados de Barcelona por el delito de *parentesco* con los encarcelados.

Por si no bastaban tantas infamias, con la mayor reserva y sigilo, el 18 de Noviembre de 1828, fueron puestos en capilla y fusilados al día siguiente, D. José Ortega, coronel graduado, el teniente coronel Caballero, los tenientes Jacques y Domínguez, los sargentos Mestre, Vituri y Ramonet, los cabos Llorca y Rodríguez, el empleado de rentas Coio, el paisano D. Domingo Ortega, el profesor Fidalgo, y el pintor Porta, puesto en capilla para sustituir á otro que compró la vida á peso de oro, y para completar el número 13, pues el Conde quiso que fueran 13 los condenados.

«El horrisono cañón—escribe el historiador don Joaquín del Castillo, testigo presencial,—anunció su desastrosa muerte, y presto se vieron los tristes troncos de las víctimas conducidos por presidiarios á la horca de antemano levantada en medio de la explanada, frente de la Ciudadela, sitio de la ejecución. La sangre, los destrozos de sus cráneos, se veían con horror derramados por acá y acullá; los perros acudían á comerse los sesos que se desprendían de la cabeza de aquellos desgraciados; el verdugo se apoderaba de los cadáveres que, arrastrados por la escalera de la afrentosa horca, tenían con sangre inocente sus escalones: ceñía la tosca soga la garganta de aquellos infortunados que formaban pendientes de la horca un cuadro horroroso y que excitaba la indignación contra el infame asesino... Los semblantes de

los buenos se veían transmudados; el amigo no se atrevía á saludar al amigo... La ciudad parecía enlutada, las puertas cerradas, los paseos desiertos.»

«El Conde de España—dice Lafuente,—que acompañado de sus fiscales fué á recrear la vista con tan horrible cuadro, en una especie de manifiesto en el que se habla de la divina providencia y de la sacrosanta religión, decía que, con arreglo á las leyes, habían sido lanzados á la eternidad aquellos mártires á quienes trataba de criminales.

Tres meses después, el 26 de Febrero de 1829, el estampido del cañón de la Ciudadela—escribe el precitado historiador—anunció que otros desgraciados habían sido lanzados á la eternidad. Enarbolóse en seguida el negro pendón, y cuatro troncos humanos aparecieron luego colgados en la horca. Con mortal ansiedad y congoja esperaban multitud de familias la publicación del Diario Oficial, temerosas de leer en la lista de los ejecutados el nombre del esposo, del padre, del hermano...

Diez fueron este día las víctimas; Sanz, que tenía una real orden para no ser condenado á muerte; el teniente coronel D. José Rovira; el coronel D. José Soler; Villar, escribiente; Nadal, corredor; Clavell, Medrano, Peza, y un presidiario que por gusto mezcló el Conde con estos mártires.

El 30 de Julio del mismo año se repitieron las ejecuciones; 9 fueron los fusilados, y 4 los cuerpos mutilados que el Conde hizo colgar en la horca. Los nombres eran: D. Pedro Mir, D. Antonio de Haro, D. Juan Ciriot, Prast, López, Mata, Sangh, Latorre y Vendrell.....

¿Nerón? ¿Calígula? ¿Hiena? ¿Chacal? No, el Conde de España era mil veces peor. Y, sin embargo, ese gran maestro de asesinos, que á la muerte de Fernando logró fugarse á Francia; ese monstruo de crueldad que fusilaba por el gusto de fusilar, pues cuando se levantaba de mal humor decía á sus esbirros: «á ver, que se ponga en capilla á tantos ó cuantos pillos de esos (liberales), que vengan frailes á confesarlos y mañana que sean fusilados»; ese gran malvado, á pesar de sus crímenes horribles y tal vez por haberlos cometido, fué nombrado general en jefe de las hordas carlistas de Cataluña, para sustituir á Urbiztondo, por aquel Carlos V tan devoto, tan religioso, que condesaba y comulgaba todos los días, y cuya corte y consejeros eran en su mayoría obispos y arzobispos, curas y frailes.

A tal rey, tal general.

PERIS MORA

RESTITUCIONES IN EXTREMIS

D. Gregorio, hombre respetable, administraba los bienes de dos huérfanos en las pocas horas que le dejaba libres la asistencia diaria á misa, novenas, vísperas, viáticos y demás actos religiosos en su parroquia, pues no faltaba á ninguno.

Preocupado con las cosas divinas, descuidóse algún tanto en legalizar las terrenas, y, sin saber cómo, se encontró á los siete ú ocho años dueño de casi toda la fortuna que concienzudamente administraba.

Al verse privados de los medios de vida que les legaron sus padres, los huérfanos acudieron á los tribunales de Justicia; mas, como la pobreza no gana pleitos, en poco estuvo que no se les persiguiera por calumniadores.

Empezaron á bajar peldaño á peldaño la escalera que lleva de la pobreza á la miseria y de ésta á la degradación, y se perdieron al fin en la bruma social que axfisia ó envilece.

A partir de entonces, D. Gregorio prosperó mucho, ayudado por varias personas piadosas que admiraban su religiosidad, y continuó compartiendo su tiempo entre la iglesia y una casa de préstamos que fundó.

Considerado como todo hombre que nada pide á las personas que trata y no es vicioso con escándalo, D. Gregorio cruzaba este valle de lágrimas con la tranquilidad del justo, haciendo en público caridades de á perro chico, y desollando despiadadamente al prójimo al módico interés del 60 por ciento.

Si alguna vez hablaba de los huérfanos, era para lamentarse amargamente de los malos derroteros que habían emprendido á pesar de los buenos ejemplos que les había dado, y pedir al Señor que se dignase traerlos al buen camino.

Y de este modo, sano de cuerpo y limpio de alma, llegó el santo varón á los sesenta años, y hubiera llegado á los ciento, á no ser porque un cólico traidor sorprendióle la noche de un viernes de Cuaresma, en que había ayunado cual era de precepto.

El médico indicó que convendría aplicarle los auxilios espirituales; avisóse inmediatamente á un sacerdote, y ¡oh poder de la religión en las almas puras!, después de haber hecho una escrupulosa y edificante confesión general, entregó al confesor veinte mil duros para que se los restituyera de su parte á los huérfanos.

Apenas cumplido este sagrado deber, aquel bendito expiró, absuelto de sus culpas, con el cuerpo de Cristo dentro del suyo, untadas con óleo santo todas las extremidades, y dispuesto, por lo tanto, á remontarse en alas de sus virtudes á las regiones cerúleas.

Celebróse su entierro con gran pompa; los ministros del Dios de la Justicia se desgañitaron en obsequio del alma de D. Gregorio, aun persuadidos de que había ya comenzado á disfrutar de la bienaventuranza eterna; y en la prensa católica aparecieron artículos encomiando el santo sacramento de la penitencia que obliga al católico á devolver lo que ha robado.

Después de enterrar al muerto, diéronse en la parroquia á buscar á los vivos, y al cabo de dos años de continuas pesquisas supieron que la joven huérfana se había suicidado en un momento de delirio producido por el hambre, y que su hermano había muerto en presidio, adonde fué por robar un racimo de uvas en la viña de un cura situada junto al camino que recorría extenuado.

Con tal motivo se quedaron los veinte mil duros en la casa de Dios, desmintiendo á los que dicen que lo mal ganado se lo lleva el diablo; don Gregorio estará á estas horas disfrutando de la presencia divina, gracias á la restitución *in extremis* y á las misas que por su alma han dicho; los dos huérfanos se achicharrarán eternamente en el fuego del infierno por no haber recibido á tiempo los cuartos para comprar la salvación; y los simples mortales que incurrimos en la extraña y censurable manía de pensar rectamente y por cuenta propia, seguiremos considerando como ladrones consumados á esos señores católicos que, no pudiendo llevarse al morir el fruto de sus rapiñas lo devuelven á sus dueños, utilizando así la restitución para ganar el cielo, como antes el robo para vivir cómodamente en la tierra.

JOSÉ NAKENS

Libros que tengo sobre la mesa y á los cuales quiero dedicar en números sucesivos unas cuantas líneas, por merecerlo todos.

Dispénsenme los autores el que antes no lo haya hecho.

De un periodista, por Ricardo Fuente, prólogo de Joaquín Dicenta. Dos pesetas. Calle de Don Martín núm. 3 y principales librerías.

Biarritz y sus cercanías. Notas é impresiones, por P. Millán, Cuatro pesetas. Principales librerías.

Rayo de sol, poema, por Manuel Reina. Una peseta. Principales librerías.

Bohemia, por J. Martínez Ruiz. Principales librerías. Dos pesetas.

Amor, por Miguel Sawa. Dos pesetas. Principales librerías y administración del periódico Don Quijote.

El Paria, poema social satírico, original de Dío Amando Valdivieso y Prieto. Dos pesetas. Principales librerías.

Después de seis años de constante lucha para conseguir (á medias) algo beneficioso para la República, me he permitido llenar casi todo este número con trabajos ajenos.

Aun cuando lo haya hecho con la intención de descansar una semana siquiera, y no con la de hacer un favor á mis lectores, éstos resultan verdaderamente gananciosos.

Desde el próximo número volveré á las andadas.

NUESTROS FOLLETOS

4.º folleto. Lo hemos puesto á la venta.

Sumario.

PRIMEROS CHISPАЗOS.—ROBOS Y SEQUESTROS.—FUSILAMIENTOS Y ASESINATOS EN DIVERSOS PUNTOS.—INCIDENTES VARIOS.

El martes pondremos á la venta el 5.º con el siguiente

Sumario.

A SESINATOS, FUSILAMIENTOS, SUPPLICIOS, ROBOS, SEQUESTROS, INCENDIOS, SAQUEOS, BANDOS SANGUINARIOS.—INFAMIAS DE SABALS Y DE LOS TITULADOS INFANTES DON ALFONSO Y DOÑA BLANCA.

Y el viernes el 6.º con este

Sumario.

EL CONDE DE ESPAÑA.—4.000 LIBERALES ASESINADOS Y 1.700 CONDENADOS Á MUERTE.—JUNTA DE ASESINOS.—PRIMERA INSURRECCIÓN CARLISTA.—REPRESIONES SANGRIENTAS.—MARTIRIOS HORRENDO.—AHORCADOS Y FUSILADOS.—LA ENTRADA DEL TIGRE.—SAQUEO É INCENDIO DE VIELLA, ASESINATOS.—A ROBAR TOCAN.—INCENDIO Y SAQUEO DE MANLEU, ASESINATOS.—INCENDIO DE CAMPRODÓN, ASESINATOS.—SAQUEO É INCENDIO DE PONS.—DESTRUCCIÓN DE RIPOLL.—INCENDIO DE MOYA, HORROROSA MATANZA.—INCENDIOS DE GIRONELLA, OLBÁN, CASERÍOS, MOLINOS, IGLESIAS Y OTROS EDIFICIOS.—INCENDIO DE COPONS.—ENTRETENIMIENTOS DEL CONDE.—A CAZA DE CURAS.—LOBOS ENTRE LOBOS.—LA EXCLUSIVA EN EL ROBO.—MÁS CRUELDADES DEL CONDE.—LA HIENA Y LOS CHACALES.—MUERTE DEL CONDE.

Ya se han enviado los pedidos del 1.º 2.º y 3.º, reimpresos por tercera vez.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

FOLLETO 1.º

EL BANDIDO CUCALA.—ORGÍA DE VINO Y SANGRE EN SAGUNTO.—ASESINATOS EN BECHÍ.—FUSILAMIENTOS EN VINARÓZ Y SEGORBE.—El Requelé. ASALTO Y SAQUEO DE CUENCA.—ASESINO Y MARQUÉS DEL PAPA.—TIGRE TONSURADO.

FOLLETO 4.º

FUSILAMIENTOS EN OLOT.—SENTENCIA CONTRA Jergón, SEGUNDO DE ROSA SAMANIEGO.—SALVAJES DE BOINA.—HORRORES EN CHELVA.—BOHEMIOS DE LA REALEZA.—EXTRACTO DEL PROCESO FORMADO CONTRA ROSA SAMANIEGO Y CONSORTES.

FOLLETO 3.º

PRISIONEROS MUERTOS DE HAMBRE.—EL PRIOR DE LA CALZADA DE CALATRAVA.—UN CURA INFAME.—EL CANÓNIGO TRISTANY.—ASESINATOS EN PUERTOLLANO.—SAQUEO DE LIRIA Y ASESINATOS.—SAQUEO DE CHIVA Y ASESINATOS.—SAQUEO É INCENDIO DE ALCORISA.—ROBO Y DESTRUCCIÓN DE MONTALBÁN.—DESTRUCCIÓN DE SONEJA, ROBOS Y ASESINATOS.—ENVENENAMIENTOS EN PINOS.—PAU MAÑÉ.—TORRES.—JARA.—MÁS CRIMENES.

15 céntimos, (10 para los suscriptores).

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.